

A portrait of Howard Gardner, an older man with grey hair and glasses, wearing a dark blue suit jacket, a light blue shirt, and a dark sweater. He is looking slightly to the right of the camera with a gentle smile. The background is a dark, textured grey.

Howard
Gardner

Una mente sintética

MEMORIAS DEL CREADOR DE LA TEORÍA
DE LAS INTELIGENCIAS MÚLTIPLES

PAIDÓS

HOWARD GARDNER

UNA MENTE SINTÉTICA

Memorias del creador de la teoría
de las inteligencias múltiples

Traducción de Ana Pedrero Verge

PAIDÓS Contextos

Título original: *A Synthesizing Mind*, de Howard Gardner

1.^a edición, febrero de 2023

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Howard Gardner, 2020

© de la traducción, Ana Pedrero Verge, 2023

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2023

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4031-4

Fotocomposición: Pleca Digital, S. L.

Depósito legal: B. 22.065-2022

Impresión y encuadernación en Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Introducción	9
------------------------	---

PRIMERA PARTE. LA FORMACIÓN DE UNA MENTE SINTÉTICA

1. La mente de mi yo de diez años	19
2. Pruebas y recorridos.	35
3. Intereses persistentes y enfoques fascinantes.	51
4. Rechazo ante una estructura única.	79
5. Una red de iniciativas	107

SEGUNDA PARTE. LAS INTELIGENCIAS MÚLTIPLES: REESTRUCTURACIÓN DE UN DEBATE HUMANO

6. Los primeros pasos hacia <i>Estructuras</i>	137
7. Reacciones ante las inteligencias múltiples	157
8. Las inteligencias múltiples en el mundo	169
9. Poniendo las inteligencias múltiples en su sitio.	187

TERCERA PARTE. ANÁLISIS DE UNA MENTE SINTÉTICA

10. Educación y buen trabajo.	221
11. Mis intereses dispersos y la mente que los une	241
12. Entender la mente sintética	255
Agradecimientos	281
Apéndice. Lista de artículos de blog firmados por el autor .	283
Bibliografía	293
Índice analítico y onomástico	297

CAPÍTULO 1

La mente de mi yo de diez años

Si el lector me hubiese conocido cuando tenía diez años, ¿qué habría visto? A un jovencito rollizo, pero bastante activo, de cabello oscuro y gafas gruesas, seguramente con la nariz pegada a un libro. O encorvado, sentado en una banqueta de piano tocando un preludio o una fuga de Bach, a menudo con mi madre sentada a mi lado. O doblado sobre una máquina de escribir, tecleando palabras con dos o tres dedos, de un modo muy similar a como lo estoy haciendo ahora mismo en mi ordenador. ¿Qué me condujo a aquellas obsesiones infantiles?

Mis padres, Hilde Bella Weilheimer y Rudolf Gärtner, nacieron en el seno de sendas familias judías de clase media acomodada en Núremberg, Alemania. A unas edades sorprendentemente tempranas, dada la época y su clase social —Hilde tenía veinte años, y Rudolf, veintitrés—, se casaron y se prepararon para una vida burguesa y convencional en la tierra en que sus familias habían prosperado durante las generaciones recientes.

El nombramiento de Adolf Hitler como canciller de Alemania en enero de 1933 fue un golpe duro. Mis padres, con un criterio asombrosamente acertado, se mudaron a Milán en 1934 con la esperanza de emprender una nueva vida en Italia, lo suficientemente alejados del régimen nazi, cada vez más violento. Pero cuando se

hizo patente que el líder italiano Benito Mussolini compartía la visión de Hitler, en la que los judíos no tenían cabida, Hilde y Rudolf regresaron a Alemania. Tuvieron un hijo, Erich, en septiembre de 1935. Desde entonces, la misión principal de mis padres —que pronto se convertiría en una cuestión de vida o muerte— fue emigrar con Erich desde Alemania, preferiblemente a Estados Unidos.

Puesto que Hilde y Erich eran, en esencia, rehenes del ya punitivo régimen nazi, mi padre tuvo que viajar en barco tres veces a Estados Unidos en busca de alguien, cualquiera, que estuviera dispuesto a responder por los tres miembros de la familia Gärtner y que garantizara que la familia no supondría una carga económica para Estados Unidos. Lo logró por fin en el verano de 1938 con la declaración jurada de un antiguo amigo suyo del colegio que se había mudado a California unos años antes.* La familia Gärtner reunió sus posesiones y pagó cuatro veces el precio de cada objeto solo para poder llevárselo a Estados Unidos, y se subió a un barco con destino a Nueva York.

Sin apenas hablar inglés, con pocos amigos o siquiera conocidos, y nada más que los cinco dólares por persona que las autoridades alemanas les permitían tener, los Gärtner llegaron a Nueva York la noche del 9 de noviembre de 1938. Aquella noche pasó tristemente a la historia como *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos. Cientos de sinagogas judías de toda Alemania fueron dañadas o destruidas, y muchos judíos fueron detenidos, heridos e incluso asesinados, entre ellos, algunos de los familiares directos de mi madre.

Pero mis padres tuvieron suerte; suerte de ser alemanes y no de la Europa oriental (aproximadamente tres millones de judíos polacos terminaron siendo asesinados por los nazis y sus simpatizantes; la cifra de asesinatos de judíos alemanes ascendió a cerca de dos-

* Hace poco supe que este amigo, Alfred Marshütz, tuvo que prometer que garantizaría su estabilidad económica durante cinco años.

cientos mil); suerte de que su familia llegara intacta a Estados Unidos; suerte de gozar de buena salud y de ser emprendedores.

Sin embargo, la buena fortuna no les duró demasiado. Se mudaron de Nueva York a Scranton, Pensilvania —una ciudad pequeña de la que jamás habían oído hablar— y a duras penas lograron labrarse una vida modesta. Mi padre, que nunca se había dedicado al trabajo manual, cargaba barriles de petróleo a la espalda por quince dólares a la semana. Mi madre, que hasta entonces nunca había cocinado o hecho una cama (incluso durante la Gran Depresión, todos los miembros de su círculo social tuvieron servicio), puso en marcha un hogar que pronto daría cobijo a toda una serie de refugiados sin techo.

Entonces, en enero de 1943, les alcanzó la tragedia. Mi hermano Erich estaba bajando una colina en trineo en Scranton cuando se le cruzó un perro y tuvo un accidente mortal. Muchos años después, mis padres me contaron que, si mi madre no hubiese estado embarazada de tres meses de mí, se habrían suicidado. Desde su punto de vista, lo habían perdido todo: su país natal, sus ocupaciones, a muchos amigos y familiares, y ahora lo que más querían, a un niño de gran talento. Aunque Erich no sabía ni tres palabras en inglés cuando llegaron a Estados Unidos, era tan listo (adjetivo que yo oía a menudo en inglés, alemán y francés) que le habían dejado saltarse segundo de primaria.

En aquella época, para bien o para mal, se animaba a los padres estadounidenses a que escondieran las malas noticias a sus hijos, así que, para bien o para mal, mis padres nunca hablaban de Alemania, de Hitler, de los campos de concentración o de sus vidas pasadas en mi presencia. Intentaban pasar página con todas sus fuerzas. Además, y quizá esto es lo más sorprendente de todo, jamás me hablaron de Erich y de su muerte temprana. Cuando veía y preguntaba acerca de las fotos enmarcadas de Erich que había por la casa, me decían que era un niño que había «vivido en el barrio». Un día, mientras rebuscaba en un cajón, encontré por casualidad unos recor-

tes de periódico que hablaban de su muerte y toda la inocencia que podía tener se desvaneció en un instante. Utilizo la expresión «toda la inocencia que podía tener» porque los niños son mucho más observadores y analíticos de lo que creen sus padres. Creo que hasta cierto punto y en cierto sentido, a pesar de las buenas intenciones del pediatra Benjamin Spock y de mis padres, yo ya sabía de la existencia de Erich Gärtner y de Adolf Hitler.

Empiezo contando estas historias porque estos dos acontecimientos dominaron o al menos influyeron en gran medida en mi infancia, ya fuera a pesar del estudiado silencio de mis padres, o a causa de este. Mientras la mayoría de los niños y las niñas de mi edad del noreste de Pensilvania eran estadounidenses de segunda o tercera generación, mi hermana Marion (nacida en 1946) y yo procedíamos de una familia en la que se hablaba alemán (cuando mis padres querían ocultarnos algo, hablaban en francés o en ocasiones empleaban expresiones italianas) y de un hogar que a menudo recibía a refugiados de habla alemana que venían de visita, a cenar o, muy frecuentemente, a quedarse en los sofás de nuestro pequeño apartamento en un tercer piso.

Huelga decir que la segunda guerra mundial y el periodo de posguerra (así como las dificultades que pasaban muchas de las llamadas personas desplazadas) ocupaban la mente de todos a finales de los años cuarenta y entrados los cincuenta. Mi padre nunca llegó a adaptarse del todo a la vida en Estados Unidos. Si hubiese podido chasquear los dedos y volver a la Alemania de finales de los años veinte, con sus partidos de fútbol, su cerveza rubia y sus escalopes vieneses, no se lo habría pensado dos veces. Mi madre, que mantuvo la mente intacta hasta que falleció en 2013 con ciento dos años, adoptó un enfoque totalmente opuesto. Se adaptó fácilmente y muy bien a Estados Unidos, y jamás quiso acercarse siquiera a Alemania (se alegró de que adaptáramos nuestro apellido a la forma inglesa Gardner). Pero mis padres jamás dejaron de pensar en el espectro de la gran promesa que fue Erich y en su trágico final. Y aunque les

doy un sobresaliente a los dos en su tarea como padres, sabía —sin saberlo— que era el hijo suplente. Incluso mi segundo nombre, Earl, era un sustituto americanizado y deliberado de Eric(h), una conmemoración que ha seguido viva en algunas ramas de la familia a lo largo de las generaciones, con varios miembros llamados Eric(h).

En sus primeros años en Alemania, mis padres fueron los típicos jóvenes acomodados de los años veinte. Salían a bailar, iban a fiestas, a esquiar, y tenían una vida social bastante animada. Pero al haber perdido a un hijo en un accidente de trineo, conmigo fueron muy protectores. No querían que me involucrara en ninguna actividad que pudiera provocar lesiones graves. Se me prohibía practicar casi cualquier deporte, nunca fui a esquiar, nunca jugué al fútbol americano. La primera vez que monté en bicicleta fue a los veintitantos, cuando hacía ya mucho que había dejado de vivir con mis padres, y nunca he llegado a sentirme del todo cómodo sobre dos ruedas. No era antisocial, pero tal como he explicado en la introducción, mis actividades principales eran solitarias: leía mucho, escribía a menudo y tocaba el piano asiduamente. Todavía hoy prefiero la natación a cualquier deporte de equipo. Siempre tuve algunos amigos íntimos y era bastante sociable con las personas a quienes conocía bien, pero no era en absoluto gregario, y mucho menos el alma de la fiesta.

Lo cierto, y hace décadas que soy consciente de esto, es que pasaba casi todo el tiempo en mi mente. Tocaba el piano prácticamente a diario, gracias a un vecino que detectó mi musicalidad y presionó con delicadeza a mis padres para que lo compraran... por treinta dólares. También hacía mis pinitos con un acordeón y con el órgano del templo, y finalmente empecé a tocar la flauta en el instituto. Escuchaba música de varios géneros constantemente en la radio, acumulaba y escuchaba muchos discos (casi siempre de treinta y tres revoluciones por minuto, en lugar de cuarenta y cinco o setenta y ocho revoluciones por minuto), y oía música en mi cabeza durante prácticamente todas las horas que pasaba despierto, como es

el caso en este preciso momento. Leía sin cesar todo lo que había en casa o en la biblioteca pública de Scranton, donde pasaba un sinfín de horas. No leía solo para evadirme, sino que sentía curiosidad acerca de todo, desde los deportes hasta el clima. Leía el tomo de una enciclopedia y, junto a la cama, tenía la enciclopedia en volúmenes *World Book* para poder consultarla fácilmente (de haber nacido sesenta años más tarde, los buscadores de internet habrían echado humo conmigo). Leía muchos libros de la popular colección Landmark, pero me fascinaban especialmente la historia y las biografías, dos temas que giraban en torno a los seres humanos y a las catastróficas decisiones que solemos tomar, o que otros toman por nosotros. Los pocos libros en inglés que teníamos en casa eran también sobre historia y biografías, sobre todo del periodo que abarcaba las guerras mundiales, lo que reflejaba claramente las obsesiones de mi padre. Y aunque leía historias, novelas y la revista *Boy's Life*, calculo que el 80 % de lo que leía era no ficción.

Mirando atrás, puedo decir que leía mucho y que no me preocupaba por organizar lo que leía de forma consciente, pero, como muchos jóvenes, tenía una memoria afilada, ya fuera para datos históricos, científicos o deportivos. Tenía facilidad para acceder a esa información y establecía conexiones entre las distintas disciplinas; por ejemplo, comparaba a personajes del deporte con figuras históricas, o a personalidades de los medios de comunicación con figuras de la política contemporánea, y veía lo que ocurrió en dos sociedades o sectores distintos en el mismo año. Sospecho que también estaba intentando entender los misteriosos silencios de mi casa, respecto a la muerte de mi hermano y al asesinato de millones de judíos. Utilizando un lenguaje que desarrollé mucho más adelante, veía paralelismos, establecía conexiones, observaba contrastes, hacía comparaciones de una forma relativamente libre de toda disciplina, o predisciplinaria. Mi mente era como una enorme colección de información que flotaba en el espacio sin que hubiese ninguna línea definida que separara un carril de otro. Y dado que todavía no

había estudiado disciplinas formales, como la historia, la economía o las ciencias políticas, iba estableciendo mis propias distinciones, comparaciones y conexiones.

Y me encantaba escribir. A los siete años, sin que nadie me animara a ello, fundé el periódico de mi clase. Tenía en casa una pequeña imprenta, en cuya platina colocaba con paciencia cada letra de cada palabra, y luego giraba la palanca para producir una publicación de cuatro piezas con el sudor de mi frente. Me sorprendía siempre que cualquiera, incluso mis cariñosos padres, leyera o recordara una página del periódico. ¡Eso no importaba! El placer residía en escribir. Y después de tantos años, ese placer perdura. Mientras tecleo estas palabras de pie ante mi escritorio, espero terminar enviándoselas al mundo. Pero seguiría escribiendo, siendo el único testigo ante mí mismo, incluso si las palabras fueran a desaparecer para siempre en el aire o el ciberespacio.

Por eso, dando un paso atrás (o adelante), si ahora fuera a construir un modelo del desarrollo de una mente sintética —o al menos el modelo que surge de mi propia vida—, escogería estos elementos: demostrar una gran curiosidad; asimilar y recordar montañas de hechos y cifras; plantear preguntas, pero también atender minuciosamente a las respuestas, ya se obtengan de libros, de la naturaleza, de la experimentación mecánica, de otras personas o de la propia imaginación; unir estas respuestas preliminares (de un modo no disciplinario, aunque no sin disciplina) y ver cómo funcionan o no funcionan; y, sobre todo, plasmar las respuestas mediante algún sistema simbólico.

Mi mente trabajaba día y noche y a menudo agotaba a mi familia y a mis amigos. En el colegio era un alumno bueno y fácil, siempre era de los primeros de la clase y, aunque no me produce placer escribir estas palabras, era experto en hacer exámenes. Para mí era importante destacar en las actividades en que decidiera concentrarme. Nunca sabremos si fui tan buen alumno como mi fallecido y

adorado hermano, o si tenía la misma facilidad para aprender que él, pero sospecho que, en cierto sentido, competía con él.

¿Tenía héroes? Tres fotografías que de niño tenía colgadas en mi habitación nos dan una pista. Eran retratos tomados por el famoso fotógrafo Yousuf Karsh del físico Albert Einstein y del novelista y escritor de relatos cortos Ernest Hemingway, junto con una fotografía del estilo de Karsh de mi abuelo materno, Martin Weilheimer, que todavía hoy tengo colgados en mi estudio.* Aunque hace setenta años no lo habría formulado así, representaban a hombres que habían llegado muy alto en sus respectivos dominios: la ciencia, el arte y los negocios, y que despertaron en mí la expectativa de llegar a hacer lo mismo en el futuro.

Gracias a otro amigo de la familia, mis padres vieron que no debían sobreprotegerme demasiado. Así que, a los siete años, empecé a ir «de campamentos». Al principio lo detestaba —implicaba estar fuera de casa y pasar gran parte del día participando en deportes competitivos en los que no tenía ni talento ni interés—, pero a lo largo de siete años adquirí un cierto entusiasmo por ir de acampada. Dentro de los Boy Scouts, también fui lobato, *scout* y, siendo bastante joven, llegué a ser *eagle*** (décadas más tarde, me alegró descubrir que Al Shanker, que fue el formidable líder de la Federación Estadounidense de Profesores durante mucho tiempo, también había sido *eagle*: otro judío alto, con poca maña en lo social, esencialmente cerebral, que aun así alcanzó una posición destacada en una de las instituciones angloamericanas más prestigiosas de la época).

Para llegar a ser *eagle*, además de las necesarias veintiuna medallas al mérito, tenía que ir a veintiuna acampadas. Igual que me había ocurrido con las colonias, al principio aquellas excursiones me

* Las fotografías y otras imágenes se presentan divididas en dos grupos. La fotografía de mi abuelo está en el primero.

** *Eagle* (águila) es el máximo reconocimiento que puede alcanzar un *scout* en Estados Unidos, tras un largo proceso de evaluación. [N. de la T.]

horrorizaban, y aunque con el tiempo me adapté, nunca llegué a convertirme del todo. Aquellas veintiuna largas travesías por senderos polvorientos cargado con mochilas pesadas a la espalda y las largas noches luchando contra los bichos de un andrajoso saco de dormir me curaron para siempre de mis ganas de acampar..., seguramente para desgracia de mis hijos y nietos.

Aunque carecía de las habilidades físicas que se suelen adquirir con los deportes de equipo, ser *scout* me aportó una habilidad inusual: me convertí en un experto de la marcha militar. Ser lobato *boy scout* requiere formar en fila con los compañeros y seguir instrucciones de marcha con precisión. Podía parecer desgarbado, ya que nunca he destacado por mi postura —«ponte recto», «siéntate bien»; todavía oigo a mis padres dándome órdenes sin ser demasiado estrictos con su leve pero aún reconocible acento alemán—, pero nunca fallaba al seguir el ritmo del tambor. Mi habilidad para marchar podría estar relacionada con mis tendencias musicales, o ser similar a mi facilidad para hacer exámenes. Sea como fuere, igual que con los campamentos, estoy muy contento de saber que no tendré que marchar y formar nunca más.

No se puede decir que Scranton, en Pensilvania, sea un gran centro de telecomunicaciones. Tras haber sido una zona metropolitana animada y en expansión a finales del siglo XIX, así como un lugar «imprescindible» cuando lo que se buscaba eran vodeviles y prostitución, gozaba del cuestionable mérito de ser una de las primeras «regiones deprimidas» que se declararon en Estados Unidos. Cuando iba al cine los sábados por la tarde en el Strand Theater, me daba cuenta de que Scranton solía ser el objeto de las bromas. Era lo suficientemente ingenuo como para pensar que los editores de la banda sonora habían doblado el nombre de la ciudad en la que se proyectaba la película, pero no. Yendo al cine ya en la universidad, descubrí que Scranton seguía estando presente en muchos chistes.

Pero por muy deprimido y por muchas ocurrencias que generara en aquella época, Scranton contaba con varias emisoras de radio

y cadenas de televisión. Cuando tenía unos diez años, formé parte de un programa llamado *Junior Judges* en el que los jóvenes puntuábamos toda una serie de grabaciones, desde música popular hasta otros géneros más serios. Mostré una relativa gracia y facilidad para ello, de forma que algunos convecinos empezaron a reconocer mi voz y mi forma de hacer, mi primer tanteo de lo que era ser una celebridad de segunda categoría.

Cuando era aún más pequeño, salí en otro programa, esta vez en la televisión, llamado *Shadow Stumpers*, en el que los participantes debían reconocer objetos a partir de sus siluetas. Resultó que a mí, el buen estudiante de primaria, aquello se me daba fatal. Se me daba tan mal que, si la memoria no me falla, el presentador terminó teniendo que darme pistas. No me importa competir y solía jugar de forma competitiva con mis amigos y familiares a juegos de mesa, pero en aquel momento tomé la decisión de no participar jamás en cualquier competición que tuviera que ver con reconocer patrones visuales.

Hasta el momento en que de niños nos paramos a pensar en las mentes de los demás, creemos que todo el mundo piensa y siente igual que nosotros. Comprender que las mentes de la mayoría de las personas se parecen muy poco a las nuestras y que nuestras mentes podrían ser incluso únicas en ciertos sentidos es un beneficio, al tiempo que una posible verdad incómoda del declive del llamado *egocentrismo infantil*. Participar en *Shadow Stumpers* me ayudó a darme cuenta de que tengo una gran desventaja respecto de los demás en los ejercicios visuales.

Para empezar, carezco de visión estereoscópica: solo veo bien a través de un ojo o del otro. Mi visión es mucho peor en el ojo derecho que en el izquierdo, y por eso nunca disfrutaré de películas en 3D ni, en general, de cualquier cosa que sea tridimensional. Es curioso que tanto mi abuelo materno como mi hermano Erich fueran básicamente monoculares, y que tuvieran un ojo vago o desviado (Erich incluso llevaba un parche que le cubría el «ojo bueno», quizá con la vana esperanza de que el otro mejorara). También soy bas-

tante daltónico y apenas logro reconocer los números del test de Ishihara, la prueba estándar para detectar el daltonismo. Y como colofón, también tengo prosopagnosia: no soy capaz de reconocer a las personas por sus rostros. Este rasgo también se hereda, creo que lo comparto con mi padre y sin duda con mi hija Kerith. De hecho, si lo conociera a usted y habláramos, es probable que le dijera: «Si nos vemos mañana, seguramente no lo reconoceré, así que por favor identifíquese... Y no se lo tome como algo personal». A pesar de sus semejanzas evidentes y superficiales, por lo que sé de sus causas biológicas subyacentes, estos trastornos visuales no están relacionados entre sí.

A medida que fui creciendo fue aumentando mi interés por las artes visuales, e incluso me centré en ellas en mi tesis doctoral y terminé siendo invitado a formar parte del consejo de administración del Museo de Arte Moderno de Nueva York. He desarrollado varios mecanismos de compensación, pero de entrada presento una discapacidad notable respecto a cualquier cosa que tenga que ver con la visión.

¿Y qué hay de mi comportamiento hacia los demás? No es que me guste la palabra (o la caracterización) de *santurrón*, pero eso era. A mediados de la infancia, muchos jóvenes tienen un gran sentido de lo que está bien y lo que está mal; es lo que el psicólogo Lawrence Kohlberg denominó *mentalidad de buen chico/mal chico* (un término que refleja la nomenclatura sexista de la época). La mayoría de los niños no destacan por entender de matices, y por eso enseguida criticaba a cualquier persona o acción que no encajara con mi idea de lo que constituía un comportamiento apropiado.

Tengo claro que mis padres reforzaron esta proclividad mía, ya que encarnaban el prototipo del «buen alemán» que siempre se esfuerza por cumplir la ley al pie de la letra.* Recuerdo que me leye-

* Puede que haya oído alguna versión de la historia sobre unos alemanes que llevan horas esperando tras una señal; como si fueran bobos, no se han subido al tren, que ya ha dado el aviso de que está a punto de partir, porque no son capaces de desobedecer la instrucción de un cartel que reza «Espere detrás de la señal».

ron los cuentos alemanes sobre los traviosos Max y Moritz y los de Struwwelpeter (también conocido como Pedro Melenas), cuyos protagonistas se enfrentan a un terrible desenlace. Toda propensión a cuestionar la autoridad que mis padres pudieran haber albergado en su juventud en la República de Weimar fue inevitablemente sofocada por la Alemania de Hitler, donde utilizar una palabra desacertada o incluso hacer un gesto inapropiado podía hacer que acabaras en la cárcel o algo peor. Cuando paso por delante de un accidente de cualquier clase, por instinto, aparto la mirada y me apresuro a seguir mi camino... para sorpresa de mi esposa y de la mayoría de mis compatriotas estadounidenses.

Hay dos episodios memorables de esa época que ayudan a explicar por qué nunca ha dejado de fascinarme cómo lidiamos con los dilemas éticos y morales, y por qué mi trabajo de los últimos veinticinco años ha girado tan estrictamente en torno a lo que significa «ser bueno».

De niño, en Scranton, asistía diligentemente al servicio de los sábados por la mañana en el templo de la avenida Madison (por entonces también conocido como Anshe Chesed). Una mañana de sábado, en plena tormenta de nieve, recorrí el arduo camino desde mi barrio, Hill Section, lleno de pendientes, para asistir al culto semanal en la manzana número 500 de la avenida Madison. Cuando llegué, el único presente era el rabino Erwin Herman; al tratarse de un templo reformista y no de una sinagoga ortodoxa, los demás habían optado por quedarse en casa. Estaba convencido de que el rabino cancelaría la ceremonia. ¿Para qué molestarse en pasarse una hora o más rezando, cantando, leyendo la Torá y dando un sermón para un preadolescente obediente? Pero el rabino Herman dio todo el servicio. Al terminar, le pregunté por qué se había molestado en hacerlo para un único y joven congregante, a lo que contestó con una respuesta sencilla e inolvidable: «Dios no pasa lista».

Más o menos en la misma época, cuando estaba en sexto, tuve

una profesora, la señorita Margaret Dyer, hermana de John H. Dyer, un influyente inspector de educación. Un día, la señorita Dyer pidió a la clase que identificara una nota. Ella misma se equivocó al hacerlo, pongamos que dijo que era un fa. Me gustaba acertar en mis respuestas, así que la corregí y le dije, seguramente con un tono de sabelotodo o incluso desdeñoso: «No, señorita Dyer: es un fa sostenido». A la señorita Dyer no le gustaba que le llevaran la contraria, así que me zurró en la palma de la mano vigorosamente delante de toda la clase.

Aquella humillación pública me dejó muy disgustado, de forma que le conté lo ocurrido a mi madre. Después de pensarlo durante un rato, solicitó una reunión con el director del colegio. Entramos en el despacho del señor Reese y mi madre le contó el incidente. Para mi asombro, la señorita Dyer fue llamada al despacho del director y, a pesar de su cercanía con el núcleo mismo del poder del pueblo, tuvo que pedirme perdón. Nunca he olvidado el coraje de mi madre (que de algún modo había conservado pese a lo que le tocó vivir en la Alemania y la Italia fascistas) o el sentido de la justicia que demostró el director. Quizá por eso siempre trato de ser imparcial y no tomar partido cuando me encuentro ante situaciones éticas complejas, y promuevo la misma actitud en los demás.

Llegados a este punto, el lector debería ya tener al menos una cierta idea de las habilidades, capacidades y competencias que presento en abundancia y de cuáles carezco, ya sea relativamente o por completo. Si hoy conociera a un clon de mi yo preadolescente y tuviera que describirlo según el espectro de sus capacidades y relativas discapacidades, es probable que concluyera lo siguiente, utilizando la terminología de las inteligencias múltiples:

- Capacidad lingüística: muy alta.
- Capacidad lógico-matemática: suficientemente alta.

- Capacidad musical: bastante alta.
- Capacidad espacial (visual): baja, probablemente a causa de factores biológicos/genéticos.
- Capacidad cinético-corporal: baja, dadas las pocas oportunidades en la infancia de practicar y mejorar (aunque la marcha militar y el piano son posibles excepciones).
- Comprensión de los demás: no destaca.
- Comprensión de sí mismo: normal.
- Discriminaciones del mundo natural (plantas, animales, etcétera): adecuada, suficiente al menos para obtener medallas al mérito con los Boy Scouts.
- Interés en grandes cuestiones: muestra mucha curiosidad acerca del mundo, especialmente el mundo de los seres humanos, pasados y presentes.

Dudo que este tipo de autoanálisis se me hubiese ocurrido jamás. Tal como he dicho hace poco, la mayoría de los niños y las niñas de diez años no se comparan conscientemente con otros a partir de una serie de capacidades cognitivas y operaciones, ya que tendemos a pensar que las otras mentes son muy parecidas a las nuestras, y a juzgar a aquellos que presentan «estados de ánimo» distintos. Y, aun así, me diera cuenta o no, era un ejemplo de carne y hueso que vivía, respiraba, caminaba y fantaseaba de una persona que presentaba un espectro diverso de inteligencias humanas. Si tuviese que repetir el mismo ejercicio con mi yo de setenta y seis años, el perfil sería bastante parecido, aunque espero que mis inteligencias personales hayan mejorado.

Así que este es mi yo de diez años (entonces conocido por todos como Howie): una mezcla de talentos (lectura, escritura y música) y déficits (visuales y corporales), con una gran cantidad de información alojada en algún lugar de mi psique predisciplinaria, con una curiosidad considerable, especialmente acerca de la esfera humana de las personas y la política; y una conciencia sólida, o lo que más

tarde aprendería a llamar un *fuerte superego*. Leía mucho, escuchaba atentamente lo que decían los demás e intentaba darle sentido, a veces en mi cabeza, a veces hablando con otros, normalmente personas de más edad, y también escribiendo sobre ello en breves boletines que nunca dejé de producir y hacer circular esporádicamente a lo largo de mi infancia.